JAROSLAW IWASZKIEWICZ

# Artur Rubinstein

De los recuerdos escritos en otra ocasión traeré a colación el siguiente párrafo:

"Eso era Música, así con mayúscula, y había únicamente dos personas que comprendían lo que contenía la interpretación de Arturo en una sala de Roma. Nela Rubinstein y yo. Sólo nosotros captábamos el significado de esa renunciación, esa tranquilidad, ese atardecer, un significado que en ese increíble concierto sonaba de un modo en extremo sobrecogedor".

De 1912 a esta parte he escuchado tocar a Rubinstein un sinnúmero de veces: en Kiev, Tymoszówka, Varsovia, París y Copenhague, en casa de los Meyer, los Godebski y los Mülstein, pero los conciertos que me han producido mayor impresión son dos a los que asistí en Roma con un intervalo de veinte años, el primero en 1951 y el otro en 1971. No sé si fue la influencia del ambiente romano o el contacto con la gran música después de largos períodos de hambre musical, lo cierto es que son precisamente esos dos conciertos los que más profundamente se me han grabado en la memoria.

El primero de ellos tuvo lugar en el Teatro Argentina. Artur tocó entonces el concierto en sol mayor de Beethoven y el concierto en mi menor de Rachmaninov. Es singular que un pianista que parecía vivir y tocar para lo que el arte tiene de superficial, por el placer de demostrar su técnica y su tono, en ambos conciertos llegara a la cumbre en los movimientos lentos. El adagio beethoveniano, que en realidad es un prólogo al fogoso rondó, fue convertido por Rubinstein en el movimiento principal del concierto. La conversación del teclado, su susurro casi humano en el diálogo con la orquesta, magníficamente dirigida por Paul Kleckl, liberaba todos esos elementos humanos de la música, esa verdad de la palabra musical que conmueve tan profundamente.

En el segundo concierto, Rubinstein, ya viejo, tocó el concierto en re menor de Brahms. La gente se maravilla de la juventud de las interpretaciones de Rubinstein, del tono cobrizo que sus dedos sacan del instrumento, de la agilidad y el encanto danzarín con que aborda los temas. Son cualidades de su arte que no han desaparecido con la edad y siempre causan admiración. Pero para mí tienen mucho más valor y elocuencia las virtudes que adquirió con los años, la madurez, la seriedad, el tocar no para el alarde ni para el gran público, sino para sí mismo, pensativamente, con un sonido como atenuado a través de esos pensamientos.

También aquí el momento culminante de la velada estuvo en el movimiento lento. Un singular paseo por todo el teclado en medio de pensamientos o recuerdos. Algo se aparecía ante sus ojos, cuando sacaba del piano las notas de Brahms. ¿Pero qué? ¿Su juventud? Quizá Varsovia, Zakopane, Lódz, Mlynarski, Paderewski; quizá la melancolía de las estepas de Tymoszówka; y sin duda el recuerdo de amores pasados, esfumados como un suspiro. Qué increíble cantidad de significados salía poner en esos sonidos. Cuántos pensamientos, recuerdos, imágenes...

Tal vez haga yo mal en tratar esa música tan literariamente. Quizá se trataba sólo de "pasajes, acordes y modulaciones". Seguro que era así. Pero en eso consiste el misterio de la música, en que esos "pasajes, acordes y modulaciones" pueden transmitir tantas cosas a los que los oyen.

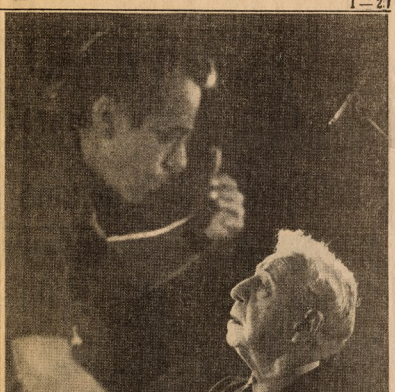
Y precisamente Rubinstein es uno de esos músicos (no digo pianistas) capaces de hablar a los oyentes, de conmoverlos, de sacudirlos.

El temperamento artístico de Rubinstein se contagia enormemente al espectador. Fuera del proscenio es un excelente actor y maestro en el arte de conversar, sabe dirigir siempre la conversación hacia el punto que interesa a todos, de la misma manera sabe conducir el sentimiento de los oyentes.

Al escuchar a Rubinstein sentimos primero admiración por su técnica y su estilo, luego nos sentimos arrebatados junto con el artista a un mundo fantástico, a un mundo inexplicable, al mundo de la música.

Recuerdo una vez que escuchéen París el concierto de Schumann interpretado por él. No podía reconocer la obra. Me arrastró a unos remolinos, a unos espacios y unos horizontes que nunca antes había percibido en Schumann. Era el Día de los Difuntos y ese concierto se me antojó un saludo de ultratumba.

Qué profunda alegría nos embarga al pensar que junto a nosotros hay un artista y, ante todo, un hombre de tal calidad.



**Artur Rubinstein y el director de orquesta Henryk Czyz. (Foto Piotr Baracz). (El artículo de Iwaszkiewicz fue publicado en "Polonia", revista ilustrada Nº 10 de 1975).**

el universal
venezuela
28-1-76
envoje por
Anita nuñez de ZULOAGA

ANITA NUÑEZ DE ZULOAGA
APARTADO 50306
CARACAS - VENEZUELA